Cuentos de amor perverso

Horror Vacui

Índice

Prólogo	9
Síntoma, Flor Canosa	13
Pasión, María Fernanda Ampuero	35
Bruno, Raquel Pons	47
La foto, Raquel Congosto	63
⋆｡˚⁺˚✧♡, Branca Trigo	75
Albahaca, Beatriz Alcaná	87
La muñeca hinchable, Pilar Bellver	115
En una sonrisa, Isabel del Río	153
El Salto de la Novia, Ángeles Terol	167
What if we kissed at the backrooms, Sarai Herrera	181

Prólogo de la editorial

Love will tear us apart, cantaba Ian Curtis en la canción más famosa de su grupo, Joy Division. Cantaba con la desesperación de quien ve su vida entera hacerse añicos. Y es que para mucha gente el amor es exactamente eso: el eje del mundo, el sentido de la existencia, algo sagrado. El amor, como Dios —si acaso no son lo mismo—, puede salvarnos. Ha sido así desde los primeros textos literarios: el amor mortal supera al poder de los dioses y acaba imponiéndose a la muerte en muchos de los textos antiguos. En el Medievo, el amor cortés creó su propia mística del sufrimiento gozoso que heredarían las generaciones posteriores, refinándose, y añadiendo una capa de neoplatonismo en el Renacimiento, para transformarse, siglos más tarde —ya en pleno Romanticismo—, en lo que sería el amor romántico. Aunque la lógica capitalista nos

lleve a ver a los otros como objetos de consumo o el cientificismo haya querido reducir al amor a un asunto de bioquímica, seguimos buscando desbordarnos en un otro, quizás como forma de abandonar la estrecha prisión del yo y entregarnos a un algo superior, a un arrebatamiento que nos excede.

Como bien sabían las místicas medievales, ese abandono es también un desgarramiento. Teresa de Ávila lo describía como un hierro al rojo vivo que le entraba por el corazón hasta las entrañas y que al sacarlo la dejaba «toda abrasada en amor grande de Dios». Esta relación entre el amor y la violencia no es exclusiva del ámbito de lo sagrado, se encuentra también en la literatura: «Los placeres violentos poseen finales violentos y tienen en su triunfo su propia muerte», escribe Shakespeare en Romeo y Julieta. En todo caso, en el amor siempre hay esa dosis de espanto que acontece al traspasar los límites de uno y, en el intento de querer llegar al otro, quedarse a la intemperie. Georges Bataille escribe que no hay erotismo sin herida, sin una ruptura de la integridad del yo que evoca de alguna forma la muerte. Según el filósofo francés, experimentamos el amor como «algo absurdo, una horrible mezcla; pero, a través del absurdo, de la mezcla, del sufrimiento, se halla una verdad milagrosa [...], la verdad del ser». El amante se entrega al enigma de un otro del que solo puede esperar un

abandono recíproco. Por eso el amor es siempre un acto de fe. ¿Pero qué ocurre si nuestro amante no actúa bajo esa misma fe y lo que desea es poseernos o destruirnos? ¿O si, como ocurre en la mayoría de los casos, la fe nos ha llevado a la ceguera y el ser amado no es lo que creíamos que era? O peor todavía, ¿y si amamos sin saberlo a un monstruo?

El porqué de los amores concretos supera con creces al misterio sagrado del amor. El filósofo renacentista Marsilio Ficino decía que, ante la imposibilidad del alma humana de aprehender la realidad del cuerpo, el *phantasma* era el único vehículo del amor, la conexión entre cuerpo y alma. Y, aunque el concepto de fantasma ha tenido un recorrido enorme en la tradición filosófica, lo cierto es que uno puede crear fantasmas de todo tipo, también versiones alejadas o incluso retorcidas del objeto real de nuestro amor. Se corre el riesgo de estar amando solo a un fantasma y no son pocas las ocasiones en las que se producen amores perversos, ¿quién no ha escuchado de amores extraños y terribles? ¿De personas que aman a criaturas imaginarias o incluso a objetos que ni siquiera pueden corresponderlos porque no tienen sentimientos?

Esta antología recoge esos terrores y ansiedades en torno al amor. Encontraréis en estos relatos pasiones violentas y formas perversas del amor romántico: mujeres que aman a objetos no humanos

o a personajes de ficción, amantes que desean poseer el cuerpo de sus amados hasta el extremo, pero también relaciones que van más allá de la muerte para forjar vínculos entre generaciones y otros capaces de engendrar universos mágicos y extraños. El amor, como lo sagrado, constituye un fenómeno que excede los límites de la razón, cuya verdad nunca puede ser alcanzada. Pero es en los márgenes donde la imaginación y el lenguaje florecen y en los que la literatura hace su jardín. He aquí, en estos relatos, la rosa y la espina.

Síntoma
Flor Canosa

1.

Una vez me confundí en el mar y no supe volver a donde estaba mi madre. No reconocí ninguna marca. Tal vez nunca me enseñaron a reconocerla, a guiarme por una sombrilla roja, por la caseta del guardavida, por algún edificio en particular en la línea de la costa. La arena bajo el agua se movía hacia la izquierda y el paisaje se había corrido en la misma dirección. Tal vez en la contraria, porque en el terror no existe la física. Mis pies quietos, pero la tierra no. Perderse a la luz del mediodía, en traje de baño, con los gritos y las risas estallando alrededor, en una multitud. Un tipo específico de miedo, caliente, luminoso, abarrotado.

Como agente de seguros, sé que la probabilidad de morir ahogado en las costas argentinas es del 1,3 por cada 100.000 habitantes, pero la probabi-

lidad estadística no mitiga el pánico. No recuerdo cuándo me encontraron y, quizáss, en otra línea temporal sigo perdida en esa playa. No puedo determinar qué sentí, tal vez por la distancia, tal vez porque la infancia amplifica y, a la vez, desconcierta. Eran sensaciones nuevas, recién nacidas. Tal vez el paso de los años, el recuerdo del recuerdo del recuerdo va desflecando los bordes y haciéndoles perder el sentido.

Una vez que se siente miedo, me digo, es todo igual. Esto es el miedo, me digo. No recuerdo la primera vez (¿acaso la playa o temí antes a la oscuridad, a los truenos, a los ruidos?), porque el miedo se aprende y se acomoda. Puede modificarse el lugar del cuerpo donde se manifiesta. En la panza, puede ser. Entre los huesos de la espina dorsal. En una contracción del cuero cabelludo que calienta la cabeza. En la tensión de la mandíbula, también. Me digo que busco lo singular y esa búsqueda siempre la relacioné con conocer a alguien, porque es enfrentarse a lo desconocido. Un otro, un extraño que entre a tu vida y desacomode los rincones. Que traiga sus ruidos, sus mañas, sus preguntas. Su manera de contaminar las superficies con esa lámina de grasa y células muertas. Estampar su mugre y tatuar las superficies. Trae todo lo que es para que yo —que conozco cada uno de mis intersticios y mis supuestos— pierda el equilibrio,

vuelva a sentir la arena confundiendo el paisaje bajo mis pies.

2.

Darío se mudó conmigo porque su contrato de alquiler había cesado y la renovación traía condiciones inaceptables. Probemos, le dije. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Fallar? Hacía una semana que él había depositado su última caja en mi apartamento cuando se declaró el confinamiento obligatorio por la pandemia. En principio, nos reímos. Ya no se trataba de fallar porque el mundo nos había puesto en cautiverio apenas dos meses después de habernos conocido. No había interrupciones, ni terceros, ni trabajos, ni salidas.

Recuerdo la ingenuidad de nuestras primeras charlas en la cocina, mientras la lavandina comenzaba a corroer la piel de mis nudillos. Al principio, el encierro fue un catalizador erótico. La confusión residual se transmutaba y cogíamos en el piso del *living*, contra la mesada, en el pasillo, buscando en el sudor del otro una confirmación de que seguíamos vivos, de que nuestros pulmones todavía podían expandirse sin crujir.

Las aseguradoras sabemos que el 40 % de las parejas que se mudan juntas se separan antes del primer año debido a incompatibilidades domésticas, pero una pandemia global no figuraba en